

Hubo un tiempo en que la cultura mexicana ocupó el primer lugar entre las antiguas culturas de la América. Toda una serie de siglos han transcurrido desde esos gloriosos días.

Esperamos que la segunda sesión del Décimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas, que tiene por teatro una tierra santificada por las tradiciones de un pasado tan brillante, se pondrá á la cabeza de los Congresos de Americanistas y contribuirá al desarrollo de la obra que tiene por objeto especial el estudio de los indígenas de América, así como su cultura antigua y actual.

Inspirado en este pensamiento, me permito, una vez más, saludaros muy cordialmente.

NÚMERO 160.

Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Justo Sierra, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la sesión inaugural del XVII Congreso Internacional de Americanistas, el 8 de septiembre de 1910.

Señores:

En representación del Presidente de la República, tengo el honor de daros la bienvenida; tengo el honor de daros las gracias en nombre de la Nación por haber resuelto visitarnos en este mes sagrado en que nació á la vida libre y á la historia; por haber resuelto contribuir, con la más simpática de las manifestaciones científicas, al brillo de nuestras fiestas y á la significación mundial de nuestras conmemoraciones. Sed bien venidos, ni podríais no serlo, vosotros los devotos del estudio del pasado, en un país que, aunque poseído de la fiebre del porvenir (una fiebre de crecimiento), del anhelo de llegar, del hondo afán de realizar, no ha perdido un átomo del apego religioso á su historia. Por eso ha encerrado piadosamente en ella las memorias de las grandes tribus constructoras que fundaron, en la altiplanicie y en sus vertientes, civilizaciones más ó menos frustráneas, cuyas producciones admirables os son familiares y que son tan diversas de las que merecen un calificativo igual, á orillas de los grandes ríos que bañan las selvas tabasqueñas y chiapanecas y de las que se levantan más al Oriente, sobre la gran costra calcárea que divide al Mediterráneo Mexicano del Mar Caribe. Todo ese mundo precortesiano cuyos archivos monumentales venís á estudiar aquí, es nuestro, es nuestro pasado, nos lo hemos incorporado como un preámbulo que cimienta y explica nuestra verdadera historia nacional, la que data de la unión de conquistados y conquistadores para fundar un pueblo mestizo que (permitidme esta muestra de patriótico orgullo) está adquiriendo el derecho de ser grande. Por eso, no sólo vemos con interés, sino con agradecimiento, todo esfuerzo por estudiar, por analizar y clasificar los restos de esas civilizaciones y traerlos, no sólo á la luz del día, sino á la luz de la ciencia.

Sabemos bien, señores, que para obtener el título que ambicionamos de «capital arqueológica del continente americano», nos obligamos á custodiar celosamente el tesoro que los siglos nos han legado y que el sentimiento de los pueblos cultos nos ha tácitamente confiado. Sabemos que custodiar quiere decir conservar, enriquecer y poner á la vista de todos y á la disposición de los sabios todas nuestras reliquias arqueológicas, para que las puedan valorizar y clasificar en colaboración con nosotros.

Colecciones de antigüedades mexicanas existen en los principa-

les museos del mundo, y algunas valiosas yacen reservadas en poder de afortunados anticuarios ó aficionados y casi substraídas á la curiosidad científica. Hacer pasar estas colecciones á manos del Estado, único que puede realmente ofrecerlas á la investigación de los doctos, es un propósito firme de la actual administración. Nuestro programa es, y creo que merecerá vuestra aprobación, impedir á todo trance la dispersión de nuestras reliquias arqueológicas, reteniéndolas en nuestro país, como lo hacen los egipcios, los griegos, los italianos; pero dentro de nuestro país, abrir de par en par las puertas de nuestros depósitos; admitir, sin más restricciones que las que impone la necesidad de hacer cumplir con nuestras leyes, admitir toda inspección de nuestros monumentos, toda exploración de nuestra tierra mexicana, amasada, sin metáfora casi, con polvo de historia. Para comprobación del espíritu de simpatía con que siempre hemos visto la cooperación del mundo sabio en la obra laboriosísima de la reconstrucción de nuestros anales prehispánicos, nos basta la fundación, aquí mismo, y en estos días, de la Escuela Arqueológica, formada por iniciativa de la progresista Universidad de Columbia, con el auxilio fraternal y presuroso del Gobierno Nacional y de importantes centros de investigaciones americanas.

Hemos comprendido bien que no basta, para las crecientes exigencias de los sabios, que se creen justamente con derecho á disponer de todos los medios de llegar á la verdad, que es el patrimonio humano por excelencia; no basta, decimos, proclamarnos custodios celosos de un material científico de primer orden, si revelamos por otra parte que no lo sabemos presentar en todo su valor, mostrándolo bien, ordenándolo bien y preservándolo bien.

No diré que tengo esperanza, sino que tengo fe en que la próxima vez que el Congreso de Americanistas se reúna en México, celebrará sus sesiones en un edificio espléndido, destinado por el Gobierno Federal á la guarda de nuestras colecciones arqueológicas y de nuestras reliquias; los planos están listos y los recursos prontos. Dará así nuestra Nación una prueba de que tiene conciencia de la importancia de su prosapia y que, eminentemente democrática, como es en sus tendencias, es aristocrática en sus orígenes, porque descende de grupos humanos que, de este lado y de aquel del Atlántico, tenían el sentido pleno del valor de la historia y el amor de la suya, que es precisamente la característica de las aristocracias, en la acepción superior del vocablo, y el fundamento de su preponderancia.

Entre tanto, nuestro Museo Nacional de Arqueología é Historia, alojado en un vetusto departamento del Palacio Nacional, transformación enorme de las casas de la familia de Hernán Cortés vendidas á los virreyes, ha podido llegar á su estado actual, gracias á la firme é inteligente dirección del señor Diputado don Genaro García, á quien desde aquí presento mis saludos de condolencia por la pérdida irreparable que acaba de sufrir; el Congreso me permitirá asociarlo á esta manifestación. Allí está acopiada, en substitución de las colecciones no suficientemente ordenadas de antaño, una cantidad que ya, sin hipérbolo, puede llamarse inmensa de objetos pertenecientes á nuestra antigüedad prehispánica. Allí, á los lados del gran monolito, popular en ambos mundos con el nombre de «Calendario Azteca» y que es, puede decirse, el omfalo de los estudios mexicanistas, surge un bosque, único en el continente americano, de piedras monumentales de inestimable valor, precedido como por un vestíbulo hecho de siglos petrificados por las rudas é interesantes reliquias de Monte Albán. En nuestro departamento monolítico, en donde hay

extraordinarios ejemplares de todas las civilizaciones que coexistieron en nuestro país, no podía seguirse ningún orden científico de colocación, y las civilizaciones nahuas, hasta en su última expresión azteca, se codean con las muestras más refinadas de la cultura maya y kiché; y á pocos pasos de distancia veréis el *cuauhxicalli* de Tizoc, la maravillosa cabeza encontrada en la cripta del montículo del Adivino de Uxmal y el celeberrimo tríptico palencano que hemos podido completar gracias al justiciero desprendimiento del Gobierno de Washington y del Instituto Smithsonian, á quienes damos rendidas gracias, así como á nuestro inolvidable amigo Mr. Elihu Root, que sugirió este acto magnánimo.

Si en ese salón las condiciones especiales del local nos vedaron todo ordenamiento material, solamente material, porque el científico puede rehacerse anotando los datos resumidos en los marbetes, en cambio, en nuestros salones de Arqueología hemos podido confiar á la larguísima experiencia y, en cierto modo, á la intuición, casi siempre feliz, de nuestro Inspector de Monumentos, un vasto trabajo de clasificación, que, establecido sobre la base sólida de la procedencia averiguada del objeto, lo clasifica dentro de la cultura de la localidad, de la región, y se avanza á una rúbrica general presentada como dato sometido á estudio, y provisional, por ende, bajo la responsabilidad del clasificador. Este ensayo ha sido posterior á otro más reducido, iniciado por nuestro eminente colega el Profesor Selser, que la adición de nuevas y copiosas colecciones á las que formaban el fondo primitivo del Museo, nos puso en el caso de modificar.

Ahí están, pues, sometidos al análisis y disquisiciones de los mexicólogos aquí reunidos, las muestras más importantes de nuestras civilizaciones arqueológicas; nos encontraréis dispuestos á facilitar todo examen y á obedecer toda sugestión racional para ratificar ó rectificar resultados que nunca podrán tenerse por absolutamente definidos, pero que, tal como están colocados, tienen la inestimable ventaja de poder ser mejor comprendidos y estudiados.

Desde el momento que el Gobierno de la República asumía el papel de depositario, de conservador y organizador de la Arqueología Nacional por las leyes de 1896 y 1897, se imponía la necesidad de rectificar nuestra Geografía Arqueológica, de inspeccionar todos los trabajos que en nuestros yacimientos de antigüedades se efectuaban y de hacer que sus resultados beneficiaran por igual á nuestro país y á los centros de estudio del extranjero. Así se ha hecho con mayores ó menores dificultades; alguna vez han asomado, en el severo horizonte de la ciencia, conflictos pronto remediados por la firme decisión del Gobierno, de no ser defraudado en el cumplimiento de este que considera un gran encargo nacional, y de no impedir, por ningún motivo, que nuestra vieja historia fuese estudiada á fondo por los hombres competentes del mundo entero.

Algo, sin embargo, preocupaba y sigue preocupando al Gobierno Federal, tanto por lo menos como la organización de nuestro Museo, que todavía hoy guarda en sus almacenes una enorme cantidad de objetos que por falta de locales no han podido ser exhibidos; me refiero á la preservación de nuestras ruinas. El *etiam periere ruinae* del poeta latino era un hecho pavoroso en todas ellas: nuestras ruinas morían, eran la ruina de las ruinas. Entonces, á medida que aumentaba nuestros recursos, que en pueblos que han emprendido resueltamente la tarea de reorganizarse en todos sus elementos de vida, como el nuestro, nunca pueden ser por extremo abundantes, decidimos detener el mal, detenerlo á todo trance; si no lo hemos logrado sino

á medias, culpado á la imposibilidad de aglomerar en el mismo lapso de tiempo todos los medios para realizar esta magna labor; pero confiad en nosotros, confiad en nuestra buena voluntad, de la que son componentes, no sólo la convicción de que cumplimos así con un deber ineludible, sino el gusto de satisfacer una pasión de todos cuantos han compulsado documentos históricos, la de ver bien, la de ver por todos sus aspectos lo que nos queda del pasado en sus monumentos; es una pasión de *dilettante* que va en busca de una honda y exquisita sensación, que vosotros conocéis, pero que el que no la ha sentido no puede comprender.

Dos ó tres generaciones tendrán que echarse sobre los hombros esta carga de contener la destrucción de nuestros monumentos; como era natural, nosotros, procurando llevar á cabo una tarea forzosamente limitada, en todos nuestros centros monumentales, lo mismo en Yucatán que en Chiapas, lo mismo en Veracruz que en Zaca-tecas ó Chihuahua, hemos decidido reducirnos, por ahora, á contener la obra de los agentes principales de destrucción: el hombre, la vegetación, el clima; el peor probablemente es el primero. Pero nuestra acción no podía ceñirse á eso; para conservar bien, pensamos, es preciso que las reparaciones tiendan á ser definitivas. Si hubiésemos podido encontrar un agente químico capaz de disolver la vegetación que disloca y mata las ruinas del Palenque, de Chichen, de Uxmal, etc., y capaz de impedir su reaparición, habríamos recurrido á él á toda costa y á todo costo. No existe por mala ventura, y sí la necesidad de usar de medios de completa deficiencia: se buscará á éste el remedio, os lo aseguro, y se hallará: para obras de ese género la República sabrá ser rica.

Otra cosa era posible en las regiones en que la lucha con la Naturaleza afectaba formas menos trágicas, en las regiones templadas; hacia ellas nos dirigimos con el plan preconcebido, no de hacer monumentos nuevos con los viejos, no de emprender imposibles restauraciones, que suelen ser el azote de la Arqueología, sino de revelarnos á nosotros mismos la importancia histórica y artística de aquellos edificios, pasmosos á veces, procurando traerlos por entero á la luz, organizando su exploración sistemática, hasta nuestros días efectuada casi siempre ocasionalmente y sin programa. Lo que nos hemos propuesto, lo repetimos y lo repetiremos, ha sido preservar las ruinas de la destrucción, y no reedificarlas, sino reconstruirlas con sus propios elementos para retardar indefinidamente, si posible fuere, su desaparición; resueltos, eso sí, á que allí donde se necesitase optar entre agregar obra nueva á la vieja para llegar á ese resultado de preservación, ó abandonar á la rapiña ó á la muerte el monumento, no vacilaríamos y salvaríamos la obra antigua, sin pretender disimular la nueva; en Egipto, en Grecia, en Roma, no ha podido seguirse otro camino: es el nuestro.

Podéis ver muestras de tal modo de proceder en tres centros arqueológicos de primera importancia: en Mitla, en Teotihuacán, en Xochicalco. Las más recientes, las que se están ejecutando todavía, puede decirse, y se ejecutarán á vuestra vista, son las dos últimas.

Durante mi permanencia en París, en la época de la última Exposición, el Duque de Loubat, á quien tanto deben las exploraciones americanas, me sugería insistentemente la idea de descubrir, eran sus palabras, de descubrir á Teotihuacán, sepultado en la tierra, la maleza y la incuria, y consolidar sus monumentos; vendrá así á luz, me decía, una verdadera Pompeya Mexicana. Desde mi llegada á México sometí la idea al Presidente de la República, gran venerador

de nuestra historia, en cuyos últimos capítulos él es elemento substancial, y á su aprobación se debe cuanto allí se ha hecho. Del revestimiento de la pirámide magna llamada del Sol no quedaba casi nada visible; fragmentos de muros estucados y pintados, grandes sillares tallados y esculpidos á veces, y una enorme capa de tierra que yacía bajo el primer paramento y que un verdadero matorral fijaba por sus raíces al segundo. Por aquí comenzamos: aquella pirámide era el perno de engrane de esa teocracia potente que, heredera ó conquistadora, ó ambas cosas á la vez, de otras que están fuera del radio de nuestra visión histórica, había llegado á constituir un santuario civilizador de primer orden: quien dice «civilizador» en las regiones americanas intertropicales, civilizador en el sentido ético y estético de la palabra, dice propagador del culto de Quetzalcóatl y de sus divinidades *paredras*. Cuando hubo desaparecido la densísima costra de tierra que cubría el gigantesco *teocalli*, hubo necesidad de retener las piedras que formaban el segundo revestimiento para lograr este objeto; sin eso, la pirámide, probablemente la más grandiosa de las construcciones americanas, habría desaparecido ya. Veréis muy pronto la inmensa ciudad que se extiende á sus pies, todavía por desgracia bajo una enorme capa de polvo traída por el sople de Ehécatl, el dios de los vientos, ó producida por la disolución del material con que esos prodigiosos toltecas construyeron en la altiplanicie.

Lo que os quiero decir es que estas y otras obras, que han podido realizarse gracias á la infatigable diligencia del Inspector de nuestros monumentos y que han merecido ciertas censuras de quienes no han dispuesto de los datos suficientes para juzgar de la tarea y la han analizado al través de la lente deformadora de los prejuicios, han sido ordenadas por el Gobierno, que desea no substraerse ante el mundo sabio de la responsabilidad que pudiera resultarle de medidas que ha juzgado indispensables; gracias á ellas podréis estudiar á fondo las reliquias mexicanas, y nuestros asertos serán comprobables.

El índice de vuestros trabajos revela que os proponéis abordar algunos de los más altos problemas del americanismo; nunca, en todos cuantos se refieren directamente á los orígenes, llegaréis á conclusiones axiomáticas, ciertamente; pero el puente de la hipótesis, un puente girante que no sabe en donde apoyar uno de los extremos, os conducirá cerca del borde de la verdad; para facilitároslo todo, hemos allegado cuanto material, cuantos útiles de trabajo hemos podido, y continuaremos en esta labor. Lo importante no es resolver á medias los problemas, sino reunir los datos necesarios para no fundar ninguna suposición en esas rapidísimas y desilusionantes inducciones que han desacreditado á la Arqueología y la han llevado á deducir de documentos inciertos ó discutibles, los gigantescos fantaseos de los Brasseur ó los Leplongeon. Ya pasó ese tiempo, y, si no ha pasado, la Arqueología científica no se ha fundado todavía.

Con este espíritu nuevo podéis estudiar serenamente el origen de las razas americanas, la situación de su centro de creación, la explicación de ese maravilloso fenómeno de la espontaneidad de manifestaciones de cultura radicalmente diversas; y, de éste y otros enunciados, podéis bajar al detalle antropológico, étnico y sociológico de las civilizaciones que florecieron en nuestra gea. Ya lo procuráis así, señores, y espero que la visita que nos hacéis en nuestro año santo, os reconfortará para seguir por un camino triste, porque está formado de tumbas, pero, en suma, poético, con la inefable poesía del misterio.

Señores, sed bien venidos.

NÚMERO 161.

Discurso pronunciado por el señor Doctor Eduard Seler, Delegado del Gobierno de Alemania, en la sesión inaugural del XVII Congreso Internacional de Americanistas, el 8 de septiembre de 1910.

En nombre del Ministerio Real de Instrucción, de Cultos y de Ciencias de Prusia; en nombre de la Dirección General de Museos Reales; en nombre de la Real Academia de Ciencias y de la Universidad Real «Federico Guillermo,» de Berlín, tengo el honor de ofrecer á la segunda sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas los mejores votos por el éxito de sus trabajos.

Mis compatriotas no han tomado, como en diferentes partes del Continente Sudamericano, una parte activa, desde los primeros tiempos del descubrimiento y de la conquista, en el estudio de México y de su utilización para la cultura europea; pero con una actividad tanto más grande, el interés de los exploradores y trabajadores alemanes se dirigió hacia este hermoso país durante el último período de la dominación española.

Yo no tengo más que citar el nombre de Alejandro de Humboldt, quien fué el primero en dar á México un Manual de Geografía y Estadística, el cual ha servido por mucho tiempo de fuente de información y de prototipo instructivo.

Otros investigadores, cuyos nombres sería largo citar, le han seguido y han rivalizado su celo en el estudio de la naturaleza de este país y de las costumbres de sus habitantes, así como en hacerlas conocer á otros lejanos países.

Las ramas especiales de los estudios americanos de que particularmente se ocupan los Congresos —la indagación de las condiciones del país americano y de sus habitantes, antes de la invasión española—, han sido descritas en la célebre obra de Alejandro de Humboldt intitulada: «Vues des Cordillères et Monuments des Peuples indigènes de l'Amerique.»

Y cuando los vastos é importantes trabajos de los sabios franceses, á los cuales rindo mi más alta apreciación, se encontraron de alguna manera paralizados, por el hecho de que los autores de estos estudios se mostraban muy dispuestos á basar sus aserciones sobre hipótesis teóricas, el gran nombre de Förstemann vino á encauzar la exploración por una sólida vía.

Yo me siento verdaderamente complacido de que mis estudios, empezados á una edad un poco avanzada, me hayan permitido venir también á este país que celebra ahora el Centenario de la Independencia.

En una época en que el universo entero estaba en agitación, México empezó á luchar por su Independencia, y, entre tanto, al cabo de un siglo, gracias al Gobierno sabio y firme que su venerable Presidente ha sabido mantener por más de cuarenta años de paz y prosperidad, este país puede contemplar con satisfacción su asombrosa y gloriosa grandeza.

Bajo la protección de la República Mexicana, en este tiempo de fiestas, vamos, pues, á celebrar nuestras sesiones.

Puedan los trabajos del Congreso enriquecer esta ciencia que todos nosotros amamos; puedan cerrar también estrechamente la línea que une á aquellos cuyos esfuerzos también tienden hacia el mismo fin.

De suerte que nuestro Congreso será también, como los precedentes, un medio de acercar á los pueblos, en un esfuerzo unánime, hacia este ideal que nosotros todos debemos considerar como la más noble mira y el más estimable de los tesoros.

NÚMERO 162.

Discurso pronunciado por el señor Doctor Franz Boas, Delegado de la Universidad de Columbia, en la sesión inaugural del XVII Congreso Internacional de Americanistas, el 8 de septiembre de 1910.

Su Excelencia:

Señoras y señores:

Considero como un grande privilegio el haber sido designado para expresar los agradecimientos de los Delegados Americanos por vuestras bondadosas frases de bienvenida. Vuestra Comisión nos ha recibido con tan generosa hospitalidad, que no hemos podido menos que sentirnos como en casa en vuestra hermosa ciudad.

Todos los que han tomado parte en la obra de organización de un Congreso, saben cuánta dedicación al objeto general de la obra y cuánta buena disposición se necesita para salvar los enfadosos detalles y alcanzar en los trabajos preliminares el éxito que vosotros habéis alcanzado. Y nos causa profunda pena el no poder ver esta tarde entre nosotros al señor García, el Secretario General de nuestro Comité, cuyos esfuerzos merecen nuestro profundo reconocimiento y á quien acompaña nuestra sincera simpatía en su lamentable pérdida. No menor es nuestra gratitud hacia aquellos que han trabajado en pro del éxito de la organización preliminar, y á todos éstos les presentamos la expresión de nuestra gratitud y nuestras felicitaciones por el feliz coronamiento de su obra.

Los tesoros que habéis hecho accesibles á nuestra consideración en vuestro hermoso Museo, nos han impresionado con la inmensidad de la labor que yace ante el estudiante de Arqueología y Etnología Americanas. Es una grande fortuna que vuestro Gobierno haya emprendido enérgicamente el arduo trabajo de proteger los monumentos de los tiempos pasados y de conservar sus antigüedades. El plan de la obra que Vuestra Excelencia ha diseñado tan magistralmente, y el cual está de acuerdo con los métodos que los países del Mediterráneo se han visto obligados á adoptar, y el cual es también seguido por Dinamarca y cuyos principios han sido adoptados recientemente por los Estados Unidos de América, permitirá á los estudiantes de tiempos posteriores gozar de los frutos de vuestra previsión; porque la más cuidadosa y minuciosa preservación de los monumentos del pasado en su verdadera forma, es la base indispensable de las futuras investigaciones científicas.

La multitud de formas que yacen entre nosotros, aún en el presente tiempo, indican la multitud de problemas que hay por resolver; y en lo más profundo, nosotros somos capaces de entrar en el estudio de estos problemas, cuya mayor claridad conduce á su complejidad, y para seguir sus ramificaciones, tendremos que extender nuestros estudios al Norte y al Sur, más allá de las fronteras de la República de México, con lo cual seremos más fuertemente impresionados por la necesidad del más franco y más completo intercambio de opiniones entre los estudiantes de todo el mundo.

Esta es la fuente de la cual brota la utilidad del Congreso Internacional de Americanistas. Los métodos de investigación que han sido desarrollados en las instituciones científicas y en las Universidades de cada país, el método de estudios característico de cada investigador y de cada nación, deben ser todos concentrados y desarrollados por contacto personal.

Nosotros debemos esperar que así, en una armoniosa cooperación de todos los investigadores y de todas las naciones, seguiremos y avanzaremos en la ciencia que todos llevamos en el corazón.

NÚMERO 163.

Discurso pronunciado por el señor Doctor Louis Capitán, Delegado del Gobierno de Francia, en la sesión inaugural del XVII Congreso Internacional de Americanistas, el 8 de septiembre de 1910.

Señor Ministro:

Honorables colegas:

Permitid al Representante de Francia que en primer término salute respetuosamente al ilustre Presidente de la República Mexicana y á vos mismo, señor Ministro, que, con vuestro distinguido Subsecretario, el señor Chávez, le representáis tan dignamente. Permitidme también expresar nuestras sinceras condolencias al estimable Secretario General, señor Genaro García. Asimismo me permitiréis que os dé las gracias, de todo corazón, por la acogida tan afectuosa y la fraternal hospitalidad que hemos recibido de vosotros y de nuestros colegas mexicanos.

Vos, señor Ministro, acabáis de hacer notar muy exactamente los eminentes servicios que el México de hoy presta á la Historia, conservando religiosamente los tesoros arqueológicos exhumados cada día de su suelo, así como también los servicios que le han prestado sus ilustres sabios muertos y los existentes.

Por otra parte, señores, desde el punto de vista de la Historia General, el conservar los restos de la civilización de los viejos habitantes del Anáhuac, es para México cumplir con un piadoso deber. Es á ellos, en efecto, á quienes el México actual debe su maravilloso desarrollo intelectual, moral y comercial. Porque, en realidad, ¿no fueron los viejos mayas, los toltecas, los chichimecas, los aztecas y los numerosos pueblos fundadores de los múltiples imperios del antiguo México, quienes establecieron los fundamentos de una moral admirable, de una notable organización social? ¿No tenían ellos maravillosas aptitudes artísticas y comerciales? Son estas admirables cualidades las que atóvicamente el México de nuestros días pone en juego, adaptándolas á los métodos y conocimientos actuales.

Luego hacer la historia de los antiguos mexicanos, conservar los restos de su civilización, es hacer una labor de reconocimiento hacia los antepasados. En esta tarea México no ha fracasado, y nosotros, sus amigos, sus hermanos, le ayudaremos con todas nuestras fuerzas y en la medida de nuestras facultades, y podréis estar seguros de que no desmayaremos en la ejecución de esta hermosa y fraternal empresa.

Discurso pronunciado por el señor Licenciado don Justo Sierra, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la sesión inaugural del Primer Congreso Nacional de Educación Primaria, el 13 de septiembre de 1910.

Compañeros:

El honor de presidir una reunión de maestros primarios, genuinos representantes de la nación escolar, es de los que pueden envanecer más y servir de remate á una vida, con mayor ó menor buen éxito consagrada á la formación espiritual de un pueblo; es de los que coronan la ambición más alta, y yo os confieso, amigos míos, que el gaje de más subido precio del puesto que debo á la confianza del Presidente de la República, es este de que en estos momentos disfruto. Al trazar estas líneas me pregunto: ¿hemos hecho bien ó mal cuantos nos hemos empeñado en levantar á sus propios ojos al maestro de escuela, ponderando su misión, su sacerdocio, como todos hemos dicho, y dando así relieve á los elementos de un contraste entre lo sublime de su labor y lo inferior de su situación social determinada por la exigüidad impía de los recursos pecuniarios? ¿No corresponde á esta literatura, de elogio hiperbólico á veces, esa otra literatura sentimentalista y romántica que pinta al maestro como un paria social á quien no se deja, á él, al educador de la nación de mañana, otro derecho que el de llenar todos los ámbitos con la voz lamentable de sus infortunios y tomar, ante el objetivo de la historia de nuestro tiempo, actitudes de Prometeo encadenado y devorado por el perro volador de Zeus?

Es necesario, señores, que el magisterio nacional entre resuelta y virilmente en la era de la verdad y la justicia; hagamos á un lado las hipérboles y las actitudes, y retengamos, para dirigir nuestra conducta y nuestras acciones de jefes y de individuos del mundo escolar, los hechos puros. Es cierto que la misión educadora del maestro lo pone moralmente por encima de todos cuantos prestan, como ciudadanos, servicios á la Patria, exceptuando á los encargados de la defensa del honor y del territorio nacional, que están tan altos como ellos; es cierto que el maestro que arma al niño de los conocimientos que necesita para organizar su vida y mejorarla; que el educador que despierta en el alma del niño la conciencia, haciendo germinar en ella el hábito del cumplimiento del deber y subordinando á él el ejercicio del derecho; que el que llega á penetrarse de que la escuela es un venero de amor, de amor á la Patria, á la familia, al mexicano, al hombre, ese forma almas vivas, ese crea valores, ese aumenta el valor moral de un pueblo, ese acrecienta la Patria, la sube á la cima más alta; es el obscuro, es el anónimo autor de su ascensión en el Progreso y en el Bien; es el micro-organismo perdido en la profundidad del océano, que en solidaridad con otros forma las bases de los continentes y los hace surgir á la vida y á la luz. Todo esto es verdad, incontrovertible verdad, y os sobra razón, colegas, para llamar la atención sobre vuestra obra, para pedir para ella profunda estimación y respeto, para creer que este respeto es precisamente la medida de la cultura social.

Y os sobra justicia cuando mostráis la disonancia existente entre vuestra situación y vuestra misión, cuando decís al poder público: consagramos todas las horas de nuestra existencia á formar en la escuela los elementos necesarios de la nación en crecimiento y en mar-

cha, y solemos no estar á cubierto de las miserias de más bajo nivel; porque moralmente se nos ignora y materialmente se nos olvida. Y basta comprobar este hecho, y nada es más fácil por desgracia, para mostrar la especie de horror trágico que envuelve la amargura de vuestras quejas; y cuán probable es que, al sondar esta demostración dolorosa, los hombres de poca fe se detengan indecisos y vacilantes ante el futuro de la República.

La reacción contra semejante pesimismo es inmediata; viene de vosotros mismos, viene de nuestra convicción de que hay un impulso hacia arriba, un movimiento ascensional de la sociedad entera, que os empuja y os lleva á las cimas; que, partiendo de los centros federales y propagándose por todos los ámbitos del país, se organiza espontáneamente una especie de encuesta nacional sobre vuestra situación y se conviene en que no puede durar más, en que ha durado mucho más de lo que conviene á nuestra dignidad y á nuestro provecho. Se ha pedido mucho á vuestro espíritu de sacrificio, á vuestro amor á la educación del pueblo; no se puede pedir un esfuerzo más, sin que se nos acuse de decretar el martirio obligatorio.

No os lamentéis, pues, frente á un estado social que os es resueltamente propicio; mostrad serenamente todos los datos del problema, que es éste: «con maestros á quienes para vivir se obliga á buscar trabajo fuera de la escuela, las escuelas son planteles estériles, son quizá más perjudiciales que benéficas.» Urge, pues, que todos los gobiernos, que todos los grupos sociales se encaren con este problema y busquen su solución, ó en los impuestos especiales, ó en la acción de las asociaciones de padres de familia constituidas con el fin, no de crear situaciones holgadas para maestros (son tantos y se necesitan tantos, que no habría erario que resistiese la carga), sino con el de proporcionar en cada localidad los emolumentos á las necesidades: la solución quizás encontraría mejor camino en los Estados, si se supiese suscitar y aprovechar el fervor del indígena por la escuela.

El primer resultado será una duplicación de la Patria. La mitad de los habitantes de la República, y me quedo corto, ignora lo que es ser mexicano, no participa de la conciencia nacional; el aislamiento, la miseria de las necesidades y de los medios de vida, el predominio de la superstición y del alcoholismo privan á un inmenso grupo de nuestros conciudadanos en teoría, de todo contacto con el alma nacional. Es preciso, pero ingente, pero urgentemente preciso, que á la vuelta de dos generaciones este estado de cosas se haya modificado profundamente. Es verdad que hasta hace muy poco, que ahora mismo quizás, en grandes naciones cultas existe el mismo problema: en Rusia, en Irlanda, en Italia, en España, en la península balcánica; pero es más premioso entre nosotros, más trágico. A la vera de un organismo que crece en volumen y en fuerza hasta la hipertrofia, nosotros tenemos la vital necesidad de desarrollarnos pronto; pocos elementos de crecimiento recibimos de fuera, necesitamos á todo trance crecer de dentro para el exterior, y lo demás nos será dado por añadidura. Pues bien, ¡gobiernos y sociedades mexicanos!, salgamos al paso de esta formidable exigencia de nuestra Historia, de nuestra Geografía, de nuestra raza, de nuestra Sociología, en suma: con nuestras escuelas abramos por dondequiera estas ventanas al aire exterior, al aire de la Patria, al aire de la civilización humana; mas no perdamos ni un día, ni una hora. Cometemos crímenes de lesa nación cada vez que retardamos esta labor santa de unión, de mexicanización, de redención de almas, de salvamento de la República. Y no son éstas vanas ensoñaciones; el progresista Jefe Político del Territorio de Tepic,

secundando una mira directa, un empeño personal del Presidente de la República, se ha propuesto, por medio de la escuela, arrancar, del estado apenas social en que vegetaban, á los habitantes más refractarios á la cultura de nuestra sierra de Alica; los resultados de esta empresa apuntan ya; pronto al estado salvaje habrá sucedido otro bien distinto. ¡Y pensad que es preferible esta especie de anexión de un mundo de almas, que la de un fragmento de nación conquistada!

Hagámoslo así, pues, maestros; pongamos en ello todo el entusiasmo que comunica el contacto con los niños, que impacienta á veces, que á veces hace sufrir, pero que sana el espíritu y lo tonifica y recomforta; hagámoslo como quien va al campo de batalla á luchar por la Religión y por la Patria—*pro aris et focis*—: la religión del mejoramiento humano infundida hasta en la médula de los que la ignoran; la religión de la Patria, la que hoy proclamamos en himnos al pie de las efigies de nuestros héroes, en las tumbas de nuestros padres convertidas en aras, en derredor de nuestra bandera, émula del iris de nuestro cielo, que ayer flameaba en los oros de las mañanas otoñales, rodeada de voces de niños orando por la unión y por la paz, como coros angélicos que saludan con hosannas la llegada del porvenir.

Pensad bien en esto: esa conquista, que es ciertamente la más interesante y de mayor trascendencia para los mexicanos, no la conseguireis sino conquistándoos primero á vosotros mismos; conquistándoos, es decir, procurando perder los prejuicios en que hemos sido criados y que, por desgracia, han formado en nosotros hábitos mentales, pliegues psicológicos, digámoslo así, que es muy difícil deshacer y borrar. Deshagámoslos violentamente; convenzámonos de que, si es verdad que, para hacernos de los espíritus de esa parte de la Nación que ni habla nuestro idioma ni tiene nuestras costumbres y que posee una índole, es decir, una conformación psíquica *sui generis*, necesitamos un programa rudimental de enseñanza que la lleve á la escritura-lectura y al manejo de los guarismos muy suavemente, sin exigir nada á la memoria que no esté antes en el entendimiento, es preciso también que sepáis rectificar la postura del niño frente á la naturaleza; que en el campo de cultivo, que en la excursión, sepáis enderezar incesantemente sus nociones acerca del mundo que lo rodea. Para los campesinos ese mundo es un fetiche, un dios lo anima; todo tiene un ánima; todo es hostil ó propicio al hombre, según afinidades ó repulsiones misteriosas; todo está en poder de voluntades ajenas á la humanidad; nosotros mismos sentimos subir de improviso del fondo de esa región oscura de más allá de nuestra conciencia, estas mismas creencias, estas mismas proyecciones pavorosas de lava que vienen de lo subconsciente. Reemplazar esas supersticiones con esta noción fundamental: las leyes de la naturaleza son inmutables; noción sin la que la ciencia no existiría, y con esta otra: si esas leyes son obra de un Supremo Legislador, éste no ha podido promulgarlas para hacerlas y deshacerlas á su antojo en el minuto de eternidad que ha tocado vivir á nuestra humanidad sobre el planeta: tal es el magno cimiento de la labor que debéis á la Patria, soldados del ejército de la verdad, soldados de abnegación y sacrificio.

No os bastará eso, ni eso es por ventura lo principal; otra cosa importa tanto por lo menos: es la formación en el escolar del hombre moral; del hombre que adquiera, á fuerza de convicción íntima y no de recuerdo de frases de manuales, á fuerza de ejercicio incesantemente ayudado por vosotros, la costumbre, el hábito, que llegue á hacerse en él una suerte de movimiento automático; el hábito de sen-

tirse responsable de sus acciones, de discernir las buenas, de imponerse la necesidad de realizarlas; de ser para eso un valiente, un perseverante, un trabajador; de llegar, en suma, á fuerza de instinto y sentimientos bien orientados, á una razón que sea nuestra guía y nuestro gobierno, que reemplace la disciplina externa del temor y el placer, con la disciplina interna que nos hace obedecernos á nosotros mismos como seres racionales y morales.

Y éste es, como veis, un programa de educación, un programa de acción educativa para la escuela, y, como veis, este programa no sólo debe aplicarse á las masas de cuya anexión á la Patria hablábamos antes, sino á la masa inmensa de los ignorantes, á la de todos los niños, los urbanos, los rurales, los indigentes del alfabeto que pueblan los salones lo mismo que los tugurios. Convencíos bien, penetráos bien de esta verdad, que en el ejercicio de vuestra misión comprobareis día á día: nada vale enseñar, nada instruir, si no se educa. Si el niño no sale de vuestras manos convertido en un carácter, vuestra obra es frustránea, habrá abortado; nada habréis hecho ni para el bien ni para la República, aun cuando le entregáis un niño que haga letras primorosas, y calcule rápidamente, y recite de coro listas de reyes y lea sin faltas un libro de versos. ¿Ha aprendido ese niño el arte de gobernarse á sí mismo, sin darse cuenta de ello, por sólo una disciplina perseverante de la voluntad? Entonces habréis aumentado la riqueza nacional con un valor efectivo, valor que puede tener su medida en un ciudadano que sepa cumplir normalmente con su deber ó en un hombre capaz de sacrificarse por entero por realizar la aparición de una Patria, como Hidalgo, ó por imbuir en un pueblo el espíritu de bravura y sacrificio á la ley, como Morelos, ó por arremolinar y deshacer en torno de la roca de una conciencia, un océano preñado de huracanes políticos y sociales, como Juárez. Estos hombres, es verdad, se educaron á sí mismos y son excepciones humanas; normalizar estas excepciones por la acción de la escuela: ésta es la obra que de veras os confía la República.

Obra de largos años, de largas privaciones, de interminables sacrificios; pero si aceptáis el papel de educadores, equivalente al de apóstoles, esa vuestra vida será vuestro primer elemento de educación, porque será el ejemplo; y si educar es, puede decirse, sugerir, ninguna sugestión será comparable á esa; pero si á esa abnegación vuestra, el Estado contesta con el desamparo, con el abandono, con la miseria, subiréis vosotros moralmente en la misma proporción que él se degrade y baje.

Para coronar esa obra educativa que comprendéis bien, que seguís por instinto, pero que intensificaréis y sistematizaréis por obediencia á vuestra convicción y por acatamiento á la ley; para rodearla de una aureola de luz, elevad en el niño al hombre interior en un perpetuo *sursum corda* hacia la Patria; ella junta las tumbas y las cunas, los dolores y las flores, los amores y las espinas, los altares y los tálamos, los recuerdos y los ideales; ella, que es, por sortilegio del tiempo, nuestra madre y nuestra hija á la vez, debe sumarse á todas nuestras creencias, á todos nuestros deberes, á todas nuestras fatigas, á todos nuestros triunfos. Ella, su simple evocación, posee ese magnetismo milagroso que, en la hora en que no predominan en nosotros las pasiones malas, realiza la concordia cívica, la unión de las almas en un mismo sentimiento de consagración hacia un fin que no es un interés, ni una ventaja, ni un provecho; que suele ser lo contrario de todo esto, y por ello es un sentimiento religioso, una sugestión divina la forma en que el humanitarismo (porque adorar á la Patria es